



CAZADOR MEXICANO.

CAPITULO III.

Inventiva de un muchacho.

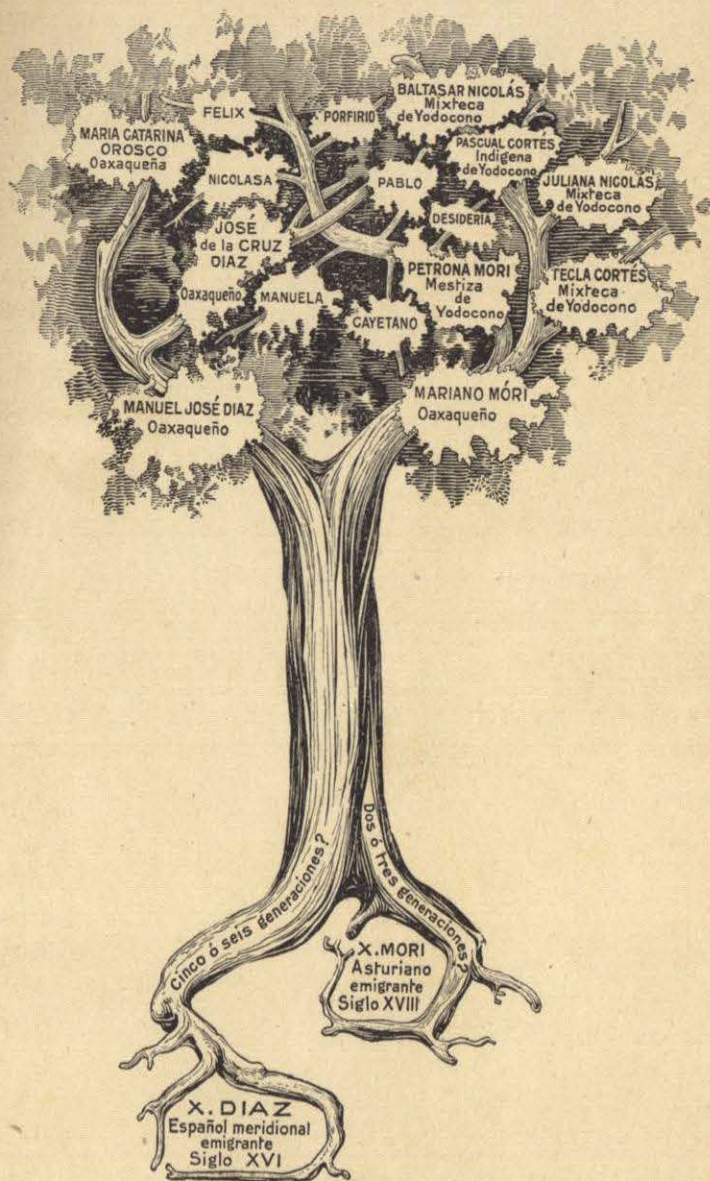
Aquella época no había sido nada favorable para la familia Díaz; las continuas luchas intestinas que habían dejado al país en circunstancias críticas, contribuyeron en gran parte á menoscabar la fortuna que había logrado hacer don José. Después de su muerte, la familia quedó casi sin recursos, y dicho acontecimiento contribuyó aún más á agravar la situación, por cuanto que la familia se componía de miembros jóvenes, y la madre se vió obligada á gastar el pequeño patrimonio que les había dejado don José para cubrir los gastos de la subsistencia. Las necesidades de la familia aumentaron y la viuda no tuvo sino que vender el último pedazo de tierra que quedaba de la herencia que había dejado su esposo á la familia. La propiedad que en tiempos anteriores había llegado á tener buen precio, bajó mucho debido á las malas condiciones financieras por las que atravesaba el país durante ese período, así es de que lo que recibió la viuda en pago del terreno, fueron unos pocos cientos de pesos, en pequeños pagos parciales y por un largo plazo de tiempo. La viuda y sus dos hijas mayores se vieron obligadas á buscar trabajo en la pequeña ciuda de Oaxaca. Trabajaban desde temprano hasta el anochecer; hacían camisas, bordaban chales y se ocupaban en otras clases de trabajos de aguja, para así afrontar las necesidades de la subsistencia. La madre de Porfirio tenía grandes deseos de dar á sus hijos la mejor educación en cuanto estuviera al alcance de sus fuerzas. No obstante la pobreza en que se encontraban, no quería que sus hijos aprendieran un oficio, á pesar de que ésto le hubiera ahorrado el trabajo de tenerlos que alimentar, vestir y proporcionar útiles para la escuela; pero ella ambicionaba ver á sus hijos ocupar

buena posición social, tanto porque conocía que estaban dotados de talento, como porque lo exigía el nivel social de sus relaciones y vínculos de familia. De manera que continuó luchando con innumerables obstáculos que hubieran desanimado á una mujer menos esforzada. Los muchachos más pequeños fueron puestos en la escuela, aunque estaban muy pobremente vestidos y su alimentación era bastante humilde. Con frecuencia la madre sufría al ver tantas privaciones como tenían que soportar en la terrible lucha por la existencia, pero tanto ella como sus hijas trabajaban con resignación ejemplar, porque su ideal era el porvenir de sus hijos varones.

En el año de 1845, cuando Porfirio cumplió los quince años de edad, entró como estudiante en el Seminario Pontifical de la ciudad de Oaxaca. El muchacho era muy activo é inteligente y sobresalía entre sus compañeros; lo cual aumentó el sueño dorado de la madre, que era ver algún día á su hijo estudiar la carrera del sacerdocio, que en aquellos tiempos era la más grande ambición de las mujeres de la clase media. Tanto la carrera de sacerdote como la de militar, ofrecían para los jóvenes un porvenir brillante.

Mucho del trabajo que hacían doña Petrona y sus hijas era para la tienda de Joaquín Vasconcelos, uno de los comerciantes más conocidos y prósperos de Oaxaca, quien para ayudar á la familia les proporcionaba trabajo, para que así tuvieran los recursos que necesitaban; porque doña Petrona no era mujer á quien se podía dar de caridad, pues tal cosa habría afectado sus sentimientos de dignidad y alta estimación.

La madre y sus dos hijas también enseñaban á algunos niños pertenecientes á familias del lugar, lo cual hacía que se vieran obligadas á trabajar por la noche los encargos que venían de la tienda de Joaquín Vasconcelos. Aún los hijos pequeños de doña Petrona trabajaban después de las horas de escuela, cardando lana y algodón y haciendo otros peque-



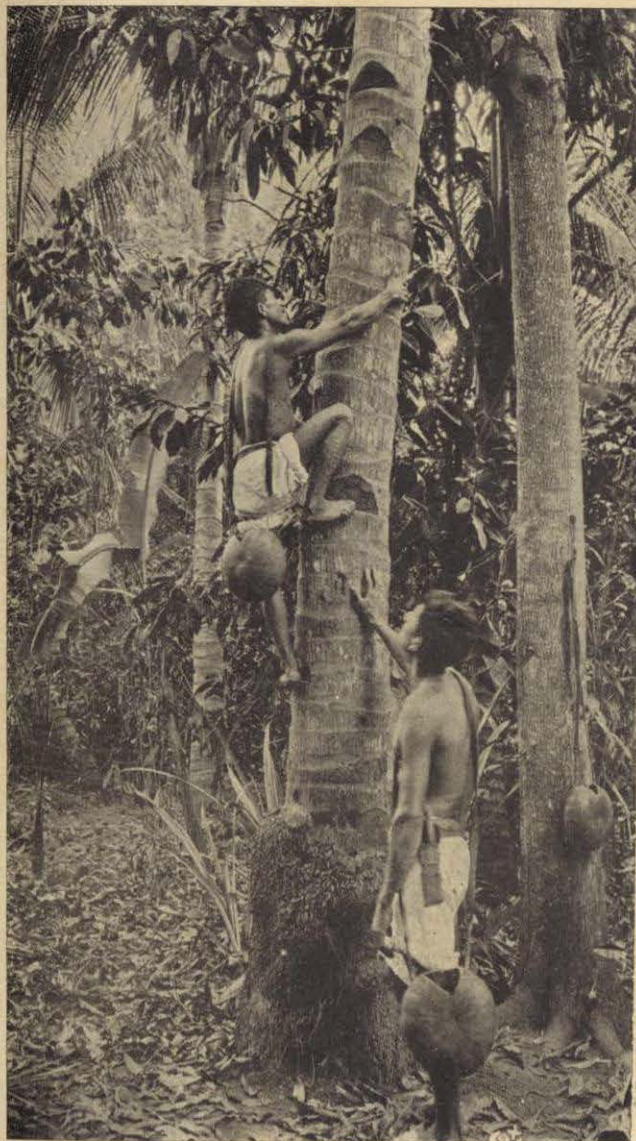
EL ARBOL GENEALÓGICO DE LA FAMILIA DIAZ

ños oficios para ayudar á su madre y hermanas á cubrir los gastos que ocasionaban. Toda la familia trabajaba, y así los niños pronto adquirieron el hábito del trabajo y desde muy temprana edad conocieron lo que es la lucha por la vida, lo cual contribuyó más tarde al éxito y porvenir de Porfirio y de su hermano Félix, pues les formó caracteres perseverantes y dotados de habilidad y pronta decisión. Al fin la suerte vino á ayudar á doña Petrona á educar á sus hijos mejor de lo que ella había pensado, pues muchas veces la adversidad es una austera maestra y una vez aprendidas sus lecciones son de mucha eficacia. Desde muy pequeños aprendieron los muchachos á hacer cosas útiles. Los preceptos de la educación moderna que trabajamos para aprender y aprendemos para trabajar, nunca fueron puestos más de manifiesto como en el caso de los hijos de la familia Díaz. Aprendieron á luchar contra el infortunio y sus espíritus sin darse cuenta absorbieron el fruto del trabajo en cuya atmósfera fueron criados, aprendieron á ser hombres de bien y el amor á la perseverancia que les fué inculcado por la madre; todo lo cual contribuyó para que los muchachos llegaran desde un principio á distinguirse entre sus compañeros, organizando juegos y deportes entre los niños de la ciudad, con quienes ellos se relacionaban. Podía verse ya á los hombres del futuro en miniatura. Principiaban á manifestar su carácter emprendedor y su habilidad, su inventiva y su valor entre sus compañeros, y después lo demostraron como hombres cuando salieron al mundo á hacerse cargo de las obligaciones y deberes de la vida. Mientras doña Petrona luchaba por educar á sus hijos, tanto las circunstancias como sus buenas enseñanzas y ejemplo, contribuían á hacer de ellos hombres de provecho. La mayor fortuna de un hombre en el mundo es haber nacido de una buena madre, y el destino colocó á los dos muchachos Díaz en esta condición.

A medida que Porfirio crecía iba manifestando los resultados de esta educación, no solo en los juegos

y deportes con sus compañeros ó en la influencia que sobre ellos mantenía, sino también en su habilidad para proveerse de los artículos que los escasos recursos de su madre no le podían proporcionar. Un día visitó Porfirio la tienda de remendar calzado perteneciente á Nicolás Aides, la cual estaba frente al Instituto Pontifical, y haciendo algunas preguntas á los operarios y poniendo gran atención á lo que hacían adquirió muy pronto todo el conocimiento necesario para fabricar calzado. Pidió á Aides que le prestara algunas herramientas, y después de algunos ensayos, le fué posible hacer con gran habilidad calzado para él y para su familia. Por supuesto que no era de una hermosa figura, pero en ese tiempo no se competía en Oaxaca con los estilos de París. La habilidad del muchacho alivió algún tanto á su familia de la necesidad de comprar calzado, que era uno de los artículos más costosos del presupuesto de la casa, y el dinero que se ahorraba en ésto era invertido en otros gastos indispensables que diariamente se presentaban.

En ese tiempo las escuelas no estaban provistas de muebles, y las iglesias no tenían asientos de ninguna clase; en lo cual vió Porfirio una oportunidad para hacer un poco de dinero y aliviar así las muchas necesidades de la familia. Frecuentó la tienda de un carpintero que estaba cerca de la iglesia de San Pedro, trabajó allí durante algunas semanas, y muy pronto aprendió á hacer sillas, mesas y banquillos. Vendió estos muebles á los estudiantes del Instituto Pontifical y banquillós á algunas devotas que los llevaban consigo á la iglesia cuando iban á hacer sus devociones y se los llevaban á su casa cuando regresaban. Tanto en esta ocasión como en otras muchas después, manifestó su habilidad para hacerse de recursos, lo cual ha sido siempre característico en él, ya como soldado ú organizador, ya como hombre de Estado, siendo esta cualidad la que ha hecho de él uno de los mandatarios más notables de la República Mexicana.



EN TIERRA CALIENTE.

Este dón para hacerse de recursos lo manifestó de muchas maneras. Fué también muy aficionado á ejercicios de toda clase: la casualidad hizo que llegara á su poder un libro que trataba de gimnasia, y luego improvisó un gimnasio en su casa haciendo él mismo los aparatos. No satisfecho con ésto organizó una clase de gimnasia entre sus amigos, incluyendo á su hermano Félix, quien era dos años menor. Porfirio fué el que sobresalió más en los ejercicios, en los cuales mostró mucha ligereza y habilidad. Los muchachos continuaron diariamente los ejercicios bajo la dirección de Porfirio, y se hicieron más aparatos conforme adelantaban é iban adquiriendo experiencia.

Porfirio fué también amante de los ejercicios al aire libre: hacía viajes á través de las montañas y visitaba los pueblos y villas vecinas y en estas excursiones con frecuencia se dedicaba á la caza ó á la pesca, logrando obtener algunas piezas sin ayuda de armas de fuego. Fueron esos los días en que, sin darse cuenta él mismo, estaba adquiriendo la fuerte constitución y magnífica musculatura, que tanto le ayudó más tarde para poder soportar muchos trabajos y aventuras y hacer actos de valor que llegaron á ser una parte de su vida. El aire libre, las profundas sombras de las selvas semi-tropicales de Oaxaca y los ásperos peñascos de los montes fueron sus maestros, y él aprendió á conocerlos y amarlos; y aún ahora, á una edad en que la mayor parte de los hombres se encuentran imposibilitados para dedicarse á sus trabajos ó reposando en el sueño eterno, Porfirio Díaz todavía toma sus paseos á caballo en las mañanas y se dirige por los hermosos sombreados caminos del Valle de México; y cuando los asuntos del Estado no son muy urgentes y le permiten tomarse unos días de descanso, va de cacería á las montañas que conoció y amó en su juventud, y vive por un corto tiempo en la contemplación de la naturaleza que lo trató tan generosamente en los días de su niñez y mocedad. En éstas sus excursiones viaja de una

manera que causaría envidia á muchos jóvenes, y con frecuencia ha sucedido que sus acompañantes han comenzado á sentirse fatigados antes que Díaz. Hay en el espíritu fuerte y determinado del hombre que ha gobernado á México durante un tercio de siglo y que ha hecho surgir orden del caos debido á la fuerza de su voluntad y á la perspicacia de su inteligencia, el mismo vigor que le hizo posible vencer todos los obstáculos en los días de su niñez y juventud.

Un incidente de sus mocedades es digno de mencionar. Tenía un día ardiente deseo de ir á cazar á los montes, y siempre que había salido con este objeto, tan solo llevaba consigo una catapulta, un palo grueso y algún aparato para la pesca. Las armas de fuego, á pesar de que eran baratas, no estaban al alcance de sus recursos. Aquí vino otra vez la inventiva en su ayuda. En una tienda de artículos de segunda mano donde se vendía toda clase de efectos de hierro y acero, compró por unos pocos centavos un cañón de escopeta viejo y enmohecido; lo limpió bien y lo puso en estado de servicio; de igual modo consiguió la llave de chispa de una pistola vieja y se dirigió al taller de un herrero conocido suyo, y allí armó y arregló las piezas. Después hizo la culata de un pedazo de tablón de dos pulgadas de grueso, con lo cual y gracias á su ingenuidad é inventiva, se encontró poseedor de la tan deseada escopeta y en estado de satisfacer á su gusto su afición á la cacería.

Había pues principiado á fabricar armas de fuego, y había dependido únicamente de sí mismo para proveerse de todos los elementos que entraban en su primer esfuerzo en esta dirección. La energía manifestada por el muchacho fué con el tiempo característica del hombre.

Relatando este incidente de la historia de su carrera, Porfirio Díaz confesó, que su primer ensayo para hacer éste su mosquete dió por resultado algo de aspecto rudo y primitivo, pero que después llegó á adquirir gran habilidad en la reparación de armas de fuego. Salía á cacería con los indios del Valle Gran-

de, y cuando no necesitaba su escopeta, se la alquilaba á alguno de ellos. También negociaba componiéndoles armas á los indios, y describe con mucha satisfacción que aprendió á hacer buenas culatas de fusil, las cuales tallaba artísticamente de tal modo, que sus clientes quedaban muy contentos. Como Porfirio tenía que ir á la escuela todos los días, se dedicaba á estos trabajos y negocios los domingos. Con frecuencia algunos de estos días iba Porfirio á cazar con sus indios conocidos y al regreso, como ya hemos dicho arriba, alquilaba su fusil á alguno de ellos, mientras se llevaba el del indio para limpiarlo y componerlo, recibiendo después el pago de la compostura. De esta manera el futuro Presidente de México ganó dinero y adquirió afición á las armas de fuego y á la vida al aire libre.

Este fué el principio de su carrera activa, que continuó con varias interrupciones, hasta que se encontró á la cabeza del Gobierno de su tierra nativa. Muchas veces en las luchas de la vida, tuvo que traer en su auxilio la misma facilidad de inventiva y la misma habilidad para hacerse de recursos y dominar las circunstancias, que mostró en su juventud, y siempre le fué de gran utilidad la educación que obtuvo durante su niñez y adolescencia.

Las excursiones á las montañas, las noches que pasaba en los cerros, el contacto frecuente con los indios, el conocimiento que tenía de los bosques, los valles y los ríos, la costumbre de dormir al aire libre, el valor para las aventuras, peligros y toda clase de situaciones, constituyeron una escuela en la cual el joven Porfirio aprendió más que cuando estudió la carrera de las armas en los colegios; y fué este aprendizaje el que lo hizo á él y á su hermano Félix, que lo acompañaba en todas sus expediciones y seguía su ejemplo, el terror de las partidas conservadoras y guerrilleros que asolaban Oaxaca, Guerrero y las comarcas del Istmo, desde los días de Santa Ana hasta la caída del Imperio de Maximiliano.

Pero además de tener completo conocimiento to-

pográfico de su tierra natal y del modo de hacerse de recursos y del vigor de su juventud, logró también familiarizarse con la gente del valle de Oaxaca, conoció el carácter del indio, y se hizo de muchas amistades entre los habitantes de las montañas. Este conocimiento del carácter de los aborígenes y contacto con los nativos de la parte sur de México, fueron algunos años más tarde una gran adquisición para Porfirio Díaz, un capital de más valor que el que se puede conseguir con el estudio en las mejores Escuelas Militares. Le dió el poder de levantar ejércitos y manejarlos en las condiciones y circunstancias más difíciles. En este conocimiento de la gente y de las montañas de Oaxaca, se encuentra el secreto de esas sus marchas admirables, de las emboscadas que puso al enemigo, de las batallas que ganó con su táctica militar sobre fuerzas superiores en número y armamento. En esto se encuentra también el secreto de su admirable influencia sobre los rudos y mal armados indios, que una y otra vez lo siguieron á la victoria; de su habilidad para confundir y ofuscar al enemigo con sus tácticas comparables al rayo, que hicieron de él el guerrero más distinguido de su época. Conocía á su patria, á su pueblo y á los hombres con quienes tenía que luchar y siempre hizo uso para llevar á cabo la tarea que tenía entre manos de un caudal inextinguible de recursos, los cuales eran tanto más efectivos y poderosos cuanto que eran dirigidos por una inteligencia de perspicacia excepcional, una voluntad de fuerza poco común y una rara habilidad de acción.



CORRIDA DE TOROS.



CAPITULO IV.

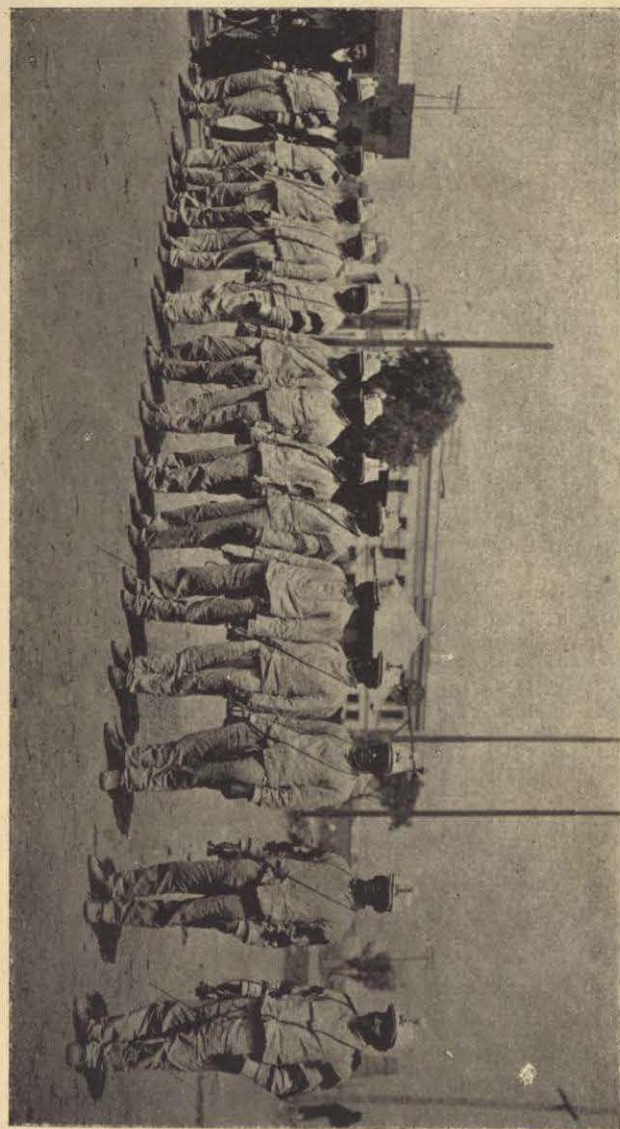
Díaz pierde su primera batalla.

Si la vida de Porfirio Díaz fué, como es natural, influenciada por la herencia, la atmósfera y el lugar en que pasó su niñez la influenciaron de un modo no menos importante. Los que han tenido bastante oportunidad de tratar con niños en diferentes países, habrán notado que sus hábitos y sus juegos no son sino el reflejo de las costumbres del lugar en que viven. En los Estados Unidos, en Inglaterra, en Canadá y en todos los demás países anglo-sajones, donde se acostumbran mucho los deportes, los niños pequeños imitan y juegan con el mismo entusiasmo los mismos juegos que los de más edad. Aquí en México, donde los deportes no constituyen un factor importante en la vida de la juventud, los niños, como es natural, y en todas partes sucede, imitan lo que ven; y así, el juego más acostumbrado entre ellos, es una imitación de las corridas de toros. Los niños americanos é ingleses en México, no están exentos de esta influencia; pues juegan á los toros con tanto gusto como los niños mexicanos, á quienes con frecuencia aventajan en este deporte.

La atmósfera en la cual se pasa la infancia, es de gran importancia en el futuro del niño. Porfirio Díaz estuvo en sus primeros años rodeado de una atmósfera guerrera. Se respiraba guerra por todos lados. Y no se escapó Oaxaca del terrible flagelo de la guerra, la cual llevó, como era de esperarse, innumerables calamidades; siendo una de ellas aumentar las dificultades en la lucha por la existencia. Los ejércitos iban y volvían; aventureros audaces frecuentaban la ciudad y se daban el lujo de gastar regiamente el dinero que habían ganado en sus correrías. La guarnición de la ciudad tuvo que ser doblada para defenderla de los ataques de los bandoleros. Se veían

con frecuencia en la población veteranos que regresaban de las filas contando mil proezas. Las conversaciones que se oían en las calles, plazas y demás lugares públicos, generalmente versaban sobre asuntos de batallas, expediciones de la multitud de merodeadores que pululaban por la ciudad y aventuras atrevidas de los valientes montañeses, á quienes tanto se admiraba, ó sobre los movimientos de las tropas de los jefes militares más conocidos. En el seno de las familias también se hablaba de guerras y más guerras. Los resultados de estas condiciones desastrosas fueron penosos para las gentes mayores, que tenían á su cargo el soporte de sus familias; pero para los niños, que aún no habían comenzado á sentir el peso de la responsabilidad, les sonaba aquello como agradable historia de alguna tierra encantada donde todo eran aventuras, en las cuales los protagonistas se movían en un escenario admirable de contemplar. Los niños más débiles se contentaban con soñar en estas historias, pero los caracteres más audaces, como los dos jovencitos Díaz, de naturaleza fuerte y activa inteligencia, trataban de vivir en su niñez la vida emocionante que llenaba la atmósfera á su redor.

Los mismos juegos con que se divertían estaban llenos del espíritu guerrero que se respiraba en el aire de Oaxaca, y en todos estos juegos eran ellos los promotores y directores. Porfirio, que era el más atrevido y el de más recursos, daba siempre la iniciativa en las variaciones de este deporte militar. Aún en esta edad temprana mostró gran capacidad como organizador, cualidad que ha sido desde muy al principio de su notable carrera, una de las más relevantes que ha poseído. Organizaba á los niños de la escuela en ejércitos, que distribuía en compañías y batallones con sus respectivos oficiales, y los hacía marchar de arriba para abajo por las calles de la ciudad. Pero viendo que el deporte así arreglado no era suficientemente realístico, organizó dos fuerzas contendientes y las hizo pelear una contra otra. Los jo-



BANDA DE CORNETAS DEL EJÉRCITO MEXICANO.

vencitos Díaz sentían siempre en este juego, una extraña atmósfera de realidad que les fascinaba. Era la reflexión de la vida real de que estaban rodeados.

Uno de los juegos favoritos de los hermanos, cuando no estaban organizando ejércitos y haciéndolos evolucionar por las calles de Oaxaca ó luchar en reñidos encuentros, era el que ellos llamaban su práctica de artillería. Habían comprado en las tiendas un pequeño ejército de soldados de plomo, el que colocaban en formación, y con un cañoncito cargado con frijoles, hacían fuego sobre la línea de soldados. El que lograba derribar mayor cantidad de éstos en cierto número de tiros, era declarado victorioso. Este deporte tenía para los dos niños el mayor atractivo, y en poco tiempo lograron ser muy expertos en el manejo de su cañón de juguete, que era en realidad, una máquina de guerra en miniatura.

Un día estaban los hermanos ocupados como de costumbre en su práctica de artillería, y un estudiante, muy absorvido en la lectura de un libro, pasó por el lugar donde ellos jugaban, y sin darse cuenta atravesó el propio centro del campo de batalla en miniatura. Ya el cerillo encendido había sido acercado á la mecha, cuando le tocó cruzar la línea de fuego. Antes de que los dos pequeños generales, que estaban dirigiendo el ataque contra el inerte enemigo de soldados de plomo, realizaran el peligro para el nuevo factor que tan inesperadamente se había introducido, el cañón había lanzado su carga de frijoles en las pantorillas del confiado estudiante, quien lanzó un grito de terrible alarma que hizo acudir á todo el vecindario. Esto introdujo otro factor en el problema militar: doña Petrona, que se lanzó á la escena de la batalla con un ímpetu al que nada podía resistir. Era como si un ciclón de los de Kansas hubiera sorprendido al ejército de los Estados Unidos. No había ni tiempo ni modo de defenderse. Semejante plan de ataque nunca había sido registrado en los anales de la guerra, ni podía haber sido previsto, por lo menos en aquellos días de atraso en que los profetas habían ya dejado

de ejercer su vocación, y los adivinos no habían aún salido á la palestra reclamando lugar, honores y ganancias en el concierto de la vida.

En todas sus experiencias guerreras nuestros jóvenes no se habían encontrado antes con un problema militar tan desconcertante; y se les vino encima tan repentinamente, que no tuvieron tiempo para preparar un plan de defensa! Así es, de que el nuevo enemigo barrió el campo de batalla bajo las bocas de la hasta entonces invencible artillería, mientras que el paciente ejército de soldados de plomo contemplaba con silenciosa aquiescencia, cómo era tomado el reducto, el cañón desmontado é inutilizado, el almacén de pólvora destruído y la provisión de parque de frijol esparcida por todo el campo de las fortificaciones! A buen seguro, que en toda su futura vida militar, los dos hermanos Díaz nunca sufrieron una derrota tan completa y tan abrumadora!